

amor ha de hacer que nos holguemos del bien ageno, como si fuese propio, porque ese es efecto propio de la caridad. Y para convidarnos y animarnos mas á esto, nota San Agustin (1) que la caridad y amor hace suyo el bien de los otros, no despojando á ninguno de él, sino con solo holgarse y alegrarse de él. Y no dice mucho en esto, porque si con amar el pecado ageno y holgarse de él lo hace uno suyo, porque Dios mira al corazon; ¿qué maravilla que con amar el bien ageno y holgarse de él le haga tambien suyo, especialmente siendo Dios mas presto para premiar que para castigar? Pues consideremos y ponderemos aqui, por una parte, cuán escelente cosa sea la caridad y cuán grande ganancia y grangería tenemos en ella, pues con ella podemos hacer nuestras todas las buenas obras de nuestros hermanos con solo holgarnos y complacernos de ellas, y aun con mas seguridad que las nuestras propias, porque de aquellas no nos suele venir vanagloria como de las nuestras; y consideremos, por el contrario, cuán mala cosa es la envidia y cuán perniciosa, pues el bien ageno hace mal propio, para que procuremos huir esta y abrazar aquella.

De aqui se sigue lo segundo, que añade luego el Apóstol: "La caridad no es ambiciosa ni busca sus comodidades (2)," porque el que al bien ageno tiene por propio, y se huelga de él como si fuese suyo, muy lejos está de eso. Una de las cosas que hace mayor guerra á la caridad y mas impide esta union, es el amor propio y el buscarse uno á sí mismo, sus comodidades é intereses. Por esto nuestro Padre (3) llama al amor propio gravísimo y capital enemigo de toda orden y union. Y Humberto, en la regla de San Agustin, le llama peste de la

(1) Augustin. hom. XV, ex 50.

(2) Caritas non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt. I. ad Cor. XIII, 5.

(3) 3 p. Const. c. 1, § 8.

vida comun y religiosa, porque todo lo infunciona y echa á perder. Y aunque es verdad que de todas las virtudes es general enemigo este amor propio, pero particularmente lo es de esta. Y el mismo nombre se lo dice; porque si es propio, no es comun cual es el de la caridad. El amor propio es division, es particular, todo lo quiere para sí, en todo se busca á sí mismo; lo cual es derechamente contrario á la caridad y union.

Sobre aquello que dice la Escritura de Abraham y Lot: "Tenia tanto ganado cada uno, que era angosta la tierra para el pasto, y asi reñian sobre eso los pastores del uno con los del otro, y fué menester por bien de paz, que se dividiesen los dos (1)," dice San Crisóstomo: «Porque donde hay mio y tuyo, luego hay pleitos y ocasiones de contiendas y discordias, aun entre los parientes y hermanos; pero donde esto no hay, allí hay segura paz y concordia (2).» Y asi vemos, dice el Santo, que en la primitiva Iglesia habia grande union y concordia entre los fieles; tenian todos un ánima y un corazon, porque no habia mio ni tuyo entre ellos, sino todas las cosas eran comunes (3). Esa era la causa de haber entre ellos tanta union y hermandad. Y por esto todas las religiones, inspiradas por Dios y fundadas en la Escritura, pusieron por primero y principal fundamento la pobreza. Y de eso hacemos el primer voto, para que no habiendo mio ni tuyo, ni teniendo el amor propio donde asirse, tengamos todos una ánima y un corazon.

No hay duda sino que es grande ayu-

(1) Nec poterat eos capere terra, ut habitarent simul. Genes. XIII, 6.

(2) Ubi enim est meum, et tuum, illic omnium litium genus, et contentionis occasio.—Ubi autem haec non sunt, ibi secreta versatur pax, et concordia. Chrysost. hom. 33 sup. Genesis. XIII, 6.

(3) Nec quisquam eorum, quae possidebat, aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia. Actor. IV, 32.

da, para conservar la caridad y union entre nosotros, el habernos desapropiado y deshecho de todas las cosas del mundo. Pero no basta que en estas cosas temporales no haya mio ni tuyo; es menester que en las demas cosas tampoco lo haya, porque si lo hay, eso nos hará la guerra é impedirá esta union y caridad. Si vos quereis la honra y estimacion para vos, si deseais el mejor puesto, si andais buscando vuestros gustos y comodidades, por ahí os vendreis á desunir y desavenir con vuestros hermanos: eso es lo que suele hacer la guerra á la caridad. De ahí nace el venirle á uno una manera de envidia de que su hermano descubra el talento y de que luzca y sea alabado, tenido y estimado; porque quisiera él aquella honra y estimacion para sí, y párecele que el otro se la lleva. De ahí nace tambien el holgarse, ó á lo menos venirle no sé qué manera de complacencia, cuando al otro no le sucede alguna cosa bien, porque le parece que con aquello queda humillado é inferior á él. De ahí viene el procurar algunas veces oscurecer al otro directa ó indirectamente, unas veces con el argumento, otras con algunas palabrillas que salen desmandadas y brotan de la abundancia que de eso hay en el corazon. Todo lo cual es amor propio desordenado, ambicion, soberbia y envidia, que son las polillas que suelen destruir la union y caridad de unos con otros, dice el Apóstol (1). La caridad no se huelga de que los otros vayan á menos, sino de que suban y se aventajen y vayan á mas, y cuanto á mas, mejor. Hermano nuestro sois, crezcais muy en hora buena millares de millares, que ese será mi gozo y mi contento (2), porque vuestro bien es mio, y vuestro acrecentamiento es mio. Al mer-

(1) Caritas non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati, I. ad Cor. XIII, 6.

(2) Frater noster es, creasca in mille millia. Genes. XXIV, 60.

cader que tiene trato de compañía, no le pesa de las ganancias que hacen sus compañeros, ni de la buena industria con que las hacen: antes se huelga mucho de eso, porque todo viene á ser en provecho suyo y de toda la compañía. Asi nos habemos de holgar nosotros de cualquier bien y talento y acrecentamiento de nuestros hermanos, porque todo viene á ceder y redundar en bien y provecho de todo este cuerpo de la Compañía, cuyo miembro y parte soy yo y de cuyos bienes gozo.

CAPITULO VII.

De otra cosa que nos pide la caridad y nos ayudará á conservarla, que es tener y mostrar mucha estima de nuestros hermanos, y hablar siempre bien de ellos.

La caridad y amor de unos con otros no ha de ser solamente interior en el corazon, sino se ha de mostrar tambien en las obras, conforme aquello de la Escritura: "El que vé á su hermano con necesidad y le cierra las entrañas de la misericordia, ¿de qué modo la caridad de Dios está en él (1)?" Cuando estemos en el cielo, como no tendremos necesidad, dice San Agustin (2), no serán menester estas obras para conservar la caridad, como el fuego allá en su esfera no tiene necesidad de materia y leños para conservarse, pero acá abajo sin ellos luego se apaga; asi tambien en esta miserable vida presto se apagará la caridad si no hay obras que la sustenten y conserven. San Basilio (3) trae á este propósito aquello que dice el Apóstol y Evangelista San Juan en su primera Canónica: "En esto conocemos el amor grande que Dios nos tuvo, en que dió su vida por nosotros, y asi nos-

(1) Qui viderit fratrem suum necessitatem habere, et cluserit viscera sua ab eo, quomodo caritas Dei manet in eo? I. Joann. III, 17.

(2) August. lib. 87, quæst. q. 71.

(3) Basil. I, q. 162 et brevior.

otros habemos de dar la vida por nuestros hermanos si fuere menester (1).” Infiere de aquí muy bien San Basilio. «Si el amor que nos pide Cristo que tengamos á nuestros hermanos, ha de ser hasta dar la vida por ellos, ¿cuánto mas será razon que se estienda á otras cosas que se suelen ofrecer, que son de menos dificultad que dar la vida por ellos?»

Una de las cosas principales que pide esta union y caridad, y que nos ayudará mucho para conservarla y llevarla adelante, es que tengamos mucha estima de nuestros hermanos. Antes este es el fundamento en que se funda y estriba todo este negocio de la caridad, porque este amor de caridad no es pasion, ni es amor de antojo que vá á ciegas, ni de sola ternura ó sentimiento de este corazon de carne que tenemos, sino es amor de corazon, amor espiritual de la superior parte del ánima que mira las razones superiores y eternas. Es amor que llamamos apreciativo, que nace del que tenemos á Dios á quien estimamos sobre todas las cosas y al prójimo amamos como á cosa de Dios. Y de la estima y buena opinion que tiene uno de sus hermanos nace el amarlos y el honrarlos y reverenciarlos, y todos los demas oficios y ejercicios de caridad. Y al paso que anduviere esta estima, á ese paso andará el amor y todo lo demás. Y asi dice San Pablo, escribiendo á los Filipenses (2) que «los estimemos en nuestra ánima á todos como si nos fuesen superiores,» como raiz y fundamento de todo este negocio. Y escribiendo á los romanos, dice (3): «Previniéndose unos á otros en la honra.» Nota el glorioso Crisóstomo,

(1) In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit, et nos debemus pro fratribus animas ponere. I. Joann. III, 16.
(2) In humilitate superiores sibi invicem arbitrantur. Ad Philip. II, 3.
(3) Honore invicem praevenientes. Ad Rom. XII, 10.

mo, que no dijo que nos honremos unos á otros, sino que nos prevengamos en este oficio; no tengo yo de aguardar á que el otro me dé á mí la honra y haga primero caso de mí, cada uno ha de procurar prevenir al otro y ganarle por la mano. Y eso es lo que nos encomienda á nosotros nuestro Padre (1), que procuremos dar ventaja á los otros, dejarles lo mejor. Eso es aquello que dice San Pablo: «Previniéndose unos á otros en la honra.»

Para que digamos alguna cosa mas en particular de esto, una de las cosas en que habemos de procurar mostrar siempre mucha estima de nuestros hermanos, es en hablar siempre bien de ellos, con respeto y con palabras que muestren que tenemos de ellos esa estima. De nuestro P. S. Ignacio leemos que asi hablaba de todos, que cada uno se persuadia que tenia buena opinion de él y le amaba como Padre (2), y eso hacia que todos tambien le tuviesen á él mucho amor y respeto. No hay cosa que asi encienda la caridad y que asi la conserve, como saber cada uno que su hermano le ama y le quiere bien y siente y habla bien de él. Mírelo cada uno por sí, el contento que le dá naturalmente cuando le dicen ó dan á entender la buena voluntad que otro le tiene y el buen oficio que en esto le hace, cómo le vuelve con el mismo retorno, y cómo comienza á hablar luego bien de él. ¿Qué buenos efectos se siguen de aqui! Y asi dijo allá Séneca: «Si quieres ser amado, ama (3).» No hay medio mas eficaz para ser amado, porque el amor no se puede pagar sino con otro amor.

San Crisóstomo nota esto muy bien so-

(1) In omnibus procurando atque optando potiores partes aliis deferre. 3. p. const. cap. 1, §. 4. Regula 29. summarii.
(2) Lib. 5, c. 6, vitae S. P. N. Ignatii.
(3) Si vis amari, ama. Seneca, Epist. 9. ad Lucium.

bre aquellas palabras de Cristo: «Lo que quereis que hagan los hombres con vos, hacedlo vos con ellos (1),» dice el Santo: «¿Quereis recibir beneficios? Hacedlos vos á otro. ¿Quereis alcanzar misericordia? Tenedla de vuestro prójimo. ¿Quereis ser alabado? Alabad á los otros. ¿Quereis ser amado? Amad. ¿Quereis que os den la ventaja y lo mejor y mas honrado? Ceded vos primero de eso y procurad darlo á otros (2).»

Fuera de esto, este hablar bien de todos, es una cosa que edifica mucho, y la razon por que edifica es porque es señal que hay mucho amor y mucha union. Y por el contrario, cualquier palabrilla que directa ó indirectamente pueda oscurecer ó deslustrar á otro, la menor brizna que de esto se sintiese en nosotros, seria cosa de mucha desedificacion, porque luego entienden que hay alguna emulacion ó envidia. Y asi cualquiera cosa que huela á esto ha de estar muy lejos de nosotros. Aunque vuestro hermano tenga algunas faltas, tambien tendrá algo bueno; echad mano de eso y dejad esotro. Imitad á la abeja que escoge la flor y deja las espinas que están alrededor, y no seais como el escarabajo que luego se vá al estiércol.

CAPITULO VIII.

Que nos debemos guardar mucho de decir á otro: «fulano dijo esto de vos:» siendo cosa que le puede amargar.

No es mi intento tratar aqui de la murmuracion, porque eso hacemos en otra parte (3). Ahora solamente diremos una cosa de mucha importancia que hace á nuestro

(1) Omnia ergo quaecunque vultis, ut faciant vobis homines, et vos facite illis. Matth. VII, 12.
(2) Vis beneficia capere? Confer beneficium alteri. Vis misericordiam consequi? Miserere proximi. Vis laudari? Lauda alium. Vis amare? Ama. Vis partibus primis potiri? Cede illas prius alteri. Crisostomus, hom. 14, ad populum Antiochenum.
(3) P. 2. trat. 2.

propósito y la advierte San Buenaventura (1). Asi como se ha de guardar uno de murmurar y decir mal de otro, asi se ha de guardar mucho de decir á nadie: «fulano dijo esto de vos:» siendo cosa que le pueda dar disgusto, porque eso no sirve sino de enconar al uno con el otro y sembrar discordias entre los hermanos, que es una cosa muy perjudicial y perniciosa; y como tal, dice el Sábio (2), que la aborrece mucho Dios. «Seis cosas aborrece Dios, y la sétima, que aborrece de corazon y de que abomina mucho,» dice que es esta: «Al que siembra zizaña y discordias entre sus hermanos.» Como acá cuando aborrecemos mucho una cosa, decimos que la aborrecemos de corazon, asi habla la Escritura á nuestro modo para darnos á entender cuánto desagradan á Dios estos tales. Y no solamente á Dios, sino á los hombres tambien: es esta una cosa muy aborrecible. «Manchó su alma con la murmuracion: será aborrecido de todos, y el que le tratare será odiado (3).» No solo el que hace esto, sino el que tratare con él, dice el Sábio, será aborrecido. Estos son á los que llaman chismosos. Eso es andar propiamente en chimerías, cosa indigna de hombres de bien cuanto mas de religiosos. Dice el Eclesiástico: «no deis ocasion para que puedan decir que sois chismoso (4).» ¿Qué cosa puede haber en una comunidad mas perniciosa y perjudicial que ser uno revoltoso y andar revolviendo á sus hermanos unos con otros? Esa parece cosa propia del demonio porque ese es su oficio.

Y adviértase aqui que para revolver á uno con otro, no es menester que las cosas que se dicen sean graves. Cosas muy peque-

(1) D. Bonav. de inform. nov. p. 1, c. 24.
(2) Sex sunt quae odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus... Eum qui seminat inter fratres discordias. Prov. VI, 16 et 19.
(3) Susurro coinquinavit animam suam, et in omnibus odietur, et qui cum eo manserit odiosus est. Ecl. XXI, 31.
(4) Non appelleris susurro. Ecl. XXXI, 10.

ñas y menudas, y que algunas veces no llegan á culpa venial, bastan para eso. Y así esto es con lo que se ha de tener cuenta, no solo si la cosa que se dice ó se refiere era de suyo grave ó liviana, sino si es cosa que puede inquietar ó contristar á vuestro hermano y causar en él alguna acedia ó desunion con el otro. Descuidóse uno en decir una palabrilla que daba á entender menos estima de alguno, ó en letras, ó en ingenio, ó en la virtud, ó en el talento ó en otra cosa semejante, y vais vos con mayor descuido á referirla al otro: ya veis qué estómago le puede hacer. Pensais que no haceis nada y atravesaisle el corazón. Las palabras del murmurador, dice el Sábio (1), son como sin malicia, mas llegan á lo interior del vientre. Hay algunas cosas que algunos no las suelen tener en nada, porque no sé por dónde se las miran, ó es que no las miran; y miradas por donde se han de mirar, hacen tan diferente viso que hay mucho temor y duda si llegaron á pecado mortal por los inconvenientes y malos efectos que de ahí se siguen: esta es una de ellas.

Y si decir estas cosas y sembrar estas discordias entre los hermanos, es cosa tan perjudicial y tan perniciosa y que tanto aborrece Dios, ¿qué sería si sembrase una esta zizaña entre los súbditos y el superior, y fuese causa de desunion entre los miembros y la cabeza, entre padres é hijos? ¿cuánto mas aborrecible sería eso á Dios? Pues esto se hace tambien con semejantes palabras dichas del superior. Grande amor y obediencia tenían al rey David sus súbditos, y muy unidos estaban con él; y porque oyeron decir mal de él y de su gobierno á un mal hijo suyo Absalon, le negaron la obediencia y se levantaron contra él (2). ¡Oh! ¡cuántas veces acontece, que viviendo

(1) Verba susurrionis quasi simplicia, et ipsa perveniunt ad intima ventris, Prov. XXVI, 24.
(2) II. Reg. XV, 9, et 13.

uno con muy buena fé y teniendo mucho crédito de su superior y juzgando muy bien de todas sus cosas, y fiando de él su alma y descubriéndole todo su corazón, por sola una palabrilla que el otro dijo se cae todo esto, y en su lugar suceden mil malicias y dobleces, juicios temerarios, recatos, murmuraciones, y algunas veces de tal manera cunde esto que aquel lo pega á este, y este al otro, y el otro á este! No se puede acabar de creer cuánto daño hacen algunas palabrrillas de estas.

Pero dirá alguno: algunas veces le conviene al otro saber lo que se nota y dice de él para que ande con recato y no dé ocasion. Verdad es: mas entonces puédesele decir la cosa; pero no se le ha de declarar quién la dijo, y esto aunque se hubiese dicho en público, para que no se escuse nadie diciendo que otro se lo habia de decir luego. Cada uno mirará por sí. Y ¡ay de aquel por quien viniere el escándalo (1)! Y aunque el otro importune mucho por saber quien dijo aquello, y sepais que recibirá mucho gusto en ello, no se lo habeis de decir, que algunas veces engaña esto de dar contento al amigo. No es buena amistad esa, porque á él le haceis mal en decirselo, y al otro tambien, y á vos mismo mas, porque quedais con el escrúpulo del mal que hicistes al uno y al otro. Entenderase bien el mal é inconvenientes que hay en esto; porque cuando uno avisa alguna falta de otro al superior, para que él con su paternal cuidado y providencia le pueda poner conveniente remedio, conforme á la regla que tenemos de ello (2), no quiere que el otro entienda que él lo avisó; y el superior lo procura y debe procurar hacer así, como se lo encomienda su regla, para que no sea

(1) Matth. XVIII, 7.
(2) Reg. 9 summarii const. et 20 communium, Reg. 123, Provincialis; caveatque, ne minimo quidem indice eos qui sibi aliquid referunt, prodant.

eso causa de alguna amaritud ó disgusto entre los hermanos. Pues si aun cuando esto se hace legítimamente y conforme á la regla y con caridad y deseo de mayor bien, con todo eso hay estos temores, y es menester todo este recato, ¿con cuánta mayor razon se deben temer estos inconvenientes, cuando uno descubre al que dijo la falta, no legítimamente, ni conforme á regla, ni con celo de caridad, sino con descuido y con indiscrecion y con mal modo, y por ventura algunas veces con alguna emulacion ó envidia, ó con otros respetos no buenos, ó que á lo menos el otro podrá imaginar que son tales? San Agustin (1) alaba mucho á su madre Santa Mónica, de que oyendo muchas veces de la una parte y de la otra quejas y palabras de sentimiento y amargura, nunca referia cosa que hubiese oido de los unos á los otros, sino solamente lo que podia amansarlos y desenojarlos, y aprovechar para unirlos y reconciliarlos. Así lo habemos de hacer nosotros, siendo siempre ángeles de paz.

CAPITULO IX.

Que las palabras buenas y blandas ayudan mucho á conservar la union y caridad, y las no tales le son contrarias.

Una de las cosas que ayudará mucho á conservar y llevar adelante la union y caridad fraterna, son las buenas y blandas palabras. Dice el Sabio (2) que las palabras dulces y suaves, y dichas con amor y caridad, multiplican los amigos y mitigan y ablandan á los enemigos; y por el contrario, las palabras duras, ásperas y desabridas despiertan rencillas y son causa de desunion (3), porque como somos hombres

(1) Aug. l. 9 Confes. c. 9.
(2) Verbum dulce multiplicat amicos, et mitigat inimicos. Ecl. VI, 3.
(3) Sermo durus suscitatur furorem. Prov. XV, 1.

sentimos de semejantes palabras, y como queda uno disgustado y sentido, ya no mira á su hermano como antes, ya le parecen mal sus cosas, y por ventura dice mal de ellas. Por esto importa mucho que nuestras palabras vayan siempre con alguna sal de gracia y de suavidad, de manera que eausen amor y caridad, conforme á aquello del Eclesiástico: "El hombre sábio con sus palabras se hace amable (1)." Y cuanto á lo primero, es menester advertir aqui, como fundamento para todo lo que se ha de decir, que no se engañe en esto con decir: «son de mucha virtud mis hermanos, y no se escandalizarán ni tentarán por una palabrilla algo alta ó desgraciada, ni mirarán en eso.» Ahora no tratamos de lo que son ó han de ser vuestros hermanos, sino de lo que vos habeis de ser, y cómo os habeis de haber con ellos. Dice muy bien San Bernardo á este propósito: «si dijéredes, ¡oh! que no se ofenderá el otro por cosa tan liviana! Respondo: cuanto la cosa es mas liviana, tanto mas fácilmente la pudiérades vos excusar (2).» Y San Crisóstomo dice (3) que antes agrava eso mas vuestra culpa, pues no os supistes vencer en una cosa tan ligera: por ser vuestro hermano bueno, no por eso habeis vos de ser ruin (4). Pues digo, que á todos habemos de tener en mucho, y no pensar que son tan de vidrio, que se sentirán de una monada; pero con todo esto, en el modo de tratar nos habemos de haber con ellos con un recato y tiento como si fuesen de vidrio y los mas frágiles y quebradizos del mundo, no dándoles ocasion de nuestra parte para que se puedan tentar ni

(1) Sapiens in verbis, seipsum amabilem facit. Eccles. XX, 23.
(2) Quanto levior est, tanto a te levius potuit non committi. Bernard. Serm. 29, super. Cant.
(3) Crisost. hom. 79 in Matth.
(4) An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum? Matth. XX, 15.

desabrir por flacos é imperfectos que fueren. Y esto, lo uno por lo que toca á nosotros, porque el tener el otro mucha virtud y perfeccion, no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra. Lo segundo, por lo que toca á nuestros hermanos, porque no todos, ni todas veces están dispuestos ni tan á punto que dejen de sentir las faltas que se hacen con ellos.

Cuáles sean las palabras de que nuestros hermanos se pueden ofender, no es dificultoso de entender; porque por sí podrá sacar cada uno las palabras y el modo de decirlas de que podrá gustar ó disgustar su hermano. Esta es la regla que nos dá el Espíritu Santo por el Sábio para saber cómo nos debemos de haber con nuestros hermanos: "Lo que toca al prójimo, enténdelo de tí mismo (1)." Mire cada uno, si se sintiera él de que el otro le hablase con sequedad, y de que le respondiese desgraciadamente, y de que le mandase con resolución y con imperio, y guárdese de hablar de esta manera, porque el otro también es hombre como él y se podrá sentir de lo que él se siente. También es muy buen medio para acertar á hablar como debemos, la humildad. Si uno fuere humilde y se tuviere por el menor de todos, no será menester mas; esto le enseñará cómo se ha de haber: nunca dirá á nadie palabra descompuesta ni de que se pueda ofender, sino á todos hablará con respeto y estima. Claro está, que no diria uno al superior: "no entiende vuestra reverencia lo que digo," porque le habla como inferior y le tiene respeto. Pues si dice esto y otras palabras semejantes á su hermano, es porque no se tiene por inferior á él, y así no le habla con respeto. Seamos humildes, y tengámonos por los menores de todos, como nos lo aconseja el Apóstol (2),

(1) Intelligé quae sunt proximi tui ex te ipso. *Eccles.* XXXI, 18.
(2) *Ad Philip.* II, 3.

y eso nos dirá las palabras que tenemos de hablar y el modo con que las tenemos de hablar. Pero fuera de estas reglas y remedios generales iremos diciendo en particular algunas maneras de palabras que son contrarias á la caridad, para que nos guardemos de ellas.

CAPITULO X.

Que nos debemos guardar mucho de palabras picantes que puedan lastimar ó disgustar á nuestro hermano.

Cuanto á lo primero nos debemos de guardar mucho de decir palabras picantes. Hay algunas palabritas que suelen picar y lastimar á otros, porque disimuladamente le notan en la condicion ó en el entendimiento ó ingenio no tan agudo, ó en alguna otra falta natural ó moral. Estas son unas palabras muy perjudiciales y muy contrarias á la caridad; y algunas veces se suelen decir por via de gracia y con donaire, y entonces son peores y mas perjudiciales; y tanto mas, cuanto con mas gracia se dicen, porque quedan mas impresas en los oyentes y se acuerdan mas de ellas. Y lo peor es, que algunas veces suele quedar muy contento el que las dice, pareciéndole que ha dicho alguna delicadeza y mostrado buen entendimiento, y engañase mucho, que no muestra en eso sino mal entendimiento y peor voluntad; pues emplea el entendimiento que Dios le dió para servirle en decir dichos agudos que lastiman y escandalizan á sus hermanos y turban la paz y la caridad.

Dice Alberto Magno (1) que así como cuando á uno le huele mal la boca, es señal que tiene allá dentro dañado el hígado ó estómago, así también cuando habla palabras malas es señal de la enfermedad que hay allá dentro en el corazón. Y ¿qué diria San

(1) *Tract. de virt. cap. II de humilitate.*

Bernardo del religioso que es mordedor en los donaires? Si á cualquier gracia en la boca del religioso llama él blasfemia y sacrilegio (1), á las gracias que son perjudiciales cómo las llamará? Estas cosas son muy ajenas de Religion, y así todo lo que toca á esto ha de estar muy lejos de la boca del religioso, como es el tratar de apodos, y lo que dicen dar cordelejo ó fisgar, y el hacer ó referir coplas graciosas que toquen falta ó descuido de alguno, y otras cosas semejantes, y ni en burlas ni en veras es razon que se permitan. Y por si lo juzgará cada uno, ¿gustárades vos de que otro os apodara y que todos se rieran de que os cuadraba muy bien el apodo? Pues lo que no querriades que se hiciese con vos no lo hagais vos con otro, que esa es la regla de la caridad. ¿Hogaríades de que en diciendo alguna palabra notable luego haya quien se precie de no dejarla caer en el suelo, como dicen, y haga platillo y conversacion de ella? Claro está que no; pues ¿cómo quereis para otro lo que no querriades para vos, lo que sentiríades y quedaríades muy corrido si se hiciera con vos? Aun solo el nombre de cordelejo y de fisgar ó apodar ofende y parece mal en la boca de un religioso, cuanto mas la obra; y así habíamos de aborrecer tanto esto, que ni aun los nombres de ello tomásemos en la boca, como dice San Pablo del vicio deshonesto: "La fornicacion y cualquiera otra inmundicia no se nombre entre vosotros, como conviene á los Santos (2)." De la misma manera ha de ser en esto y así lo añadió San Pablo, y lo juntó con esotro: "Ni torpeza, ni palabra necia, ni picante, que no es del caso (3)." No dice con la santidad que profesamos, ni aun

(1) *Bernard. lib. II de consid. ad Eugen.*
(2) Fornicatio autem, et omnis immunditia nec nominetur in vobis, sicut deceet Sanctos. *Ad Eph.* V, 3.
(3) Aut turpitud, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet. *Ib.*
B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

el nombrar esas cosas. Dice muy bien San Bernardo: "Si de las palabras ociosas tenemos de dar cuenta á Dios el dia del juicio, ¿qué será de las que pasan de ociosas? ¿qué será de las que tocan á mi hermano? ¿qué será de las perniciosas (4)?"

CAPITULO XI.

Que nos debemos de guardar de porfiar, contradecir, reprender y de otras palabras semejantes.

Habémonos también de guardar de porfiar con otro ó contradecirle, porque esta es una cosa muy contraria á la union y caridad fraterna; y el Apóstol San Pablo nos avisa de ella escribiendo á su discípulo Timoteo: "Guárdate de porfias y contiendas, porque esas no sirven sino de desedificar á los que oyen (2)." Y un poco mas adelante dice: "Al siervo de Dios no le conviene porfiar," que eso quiere decir allí *litigare*, "sino ser manso y pacífico con todos (3)." Y así los Santos nos encomiendan mucho esto, y de ellos lo tomó nuestro Padre y nos lo puso en las reglas (4). San Doroteo dice que mas querria que no se hiciese la cosa, que no que hubiese contiendas y porfias entre los hermanos; y añade: "mil veces repetiré esto (5)." San Buenaventura dice que es cosa muy indigna de los siervos de Dios porfiar y tener contiendas como las tienen las mugercillas y vendederas (6). San Juan Clímaco aña-

(1) Etenim si pro otioso verbo reddet unusquisque rationem in die iudicii, quanto magis pro verbo impuritatis, et turpitudinis, et impietatis? *Bernard. de ordine vitae et morum instit.*
(2) Noli contendere verbis, ad nihil enim utile est, nisi ad subversionem audientium. *II. ad Tim.* II, 14.
(3) Servum autem Domini non oportet litigare, sed mansuetum esse ad omnes, docibilem, patientem. *Ib.* 24.
(4) *Reg.* 28 *communium.*
(5) *Milites* repetam hoc. *Doroteus.*
(6) *Muliereularum* more. *Bonavent. in speculo disciplinae*, p. 3, cap. 3.